

Como animales

Nicolás Rincón Gille

cineasta, nicolasrincongille@gmail.com

Hace treinta años, mientras estudiaba con aplicación Economía, escribía poesías y cuentos cuando podía. De vez en cuando los mandaba a concursos o a revistas y, como la gran mayoría de jóvenes que escriben, nunca logré ninguna publicación. Entonces, al final de mi carrera decidí recopilar algunos y los diagramé en el computador como pude. Compuse un libro que llamé ¡Ay! para marcar el final de mi larga adolescencia. Imprimí veinte ejemplares y los repartí a mis amigas y amigos.

Hoy volví a leerlos. Me parece que aún guardan algo de la verdad de ese entonces. Quizás estos dos cuentos sirvan para compartirla.

“Entonces todo queda peor que antes. Esta vida es de cabezabajo, nadie puede medir sus pérdidas y cosechas. Pero cuento. Cuento para mí, cuento para usted. Al cuando bien no me entienda, espéreme”.

Joao Guimarães Rosa, Gran Sertón Veredas

La devoción de las hormigas

Querido Mena:

Sé demasiado bien cómo reaccionarás al recibir mi carta. Por eso decidí pagarle a alguien para escribirla y ganarle así la partida a tu rabia: espero llamar tu atención de esta forma sin hacerte traicionar tu deseo de no volver a comunicarte con nosotros. Déjame entonces explicarte con las palabras de otro los detalles y la forma como aquello sucedió; al final deberás aceptar nuestra completa inocencia.

Cuando tu camiseta era igual a la nuestra y tenías los mismos problemas para conseguir los guayos, nadie, por más adivino, veía en ti una futura leyenda. Bueno, tenías algo endemoniado en el correr, movías tu cuerpo al compás de ritmos imaginados, pero no eran motivos suficientes para dejar de mirarte como una persona más del barrio, hasta entonces terreno infértil para las grandes cosas. No es difícil medir el tamaño de nuestra sorpresa al verte todos los domingos en la televisión, jugando de esa manera, prohibiendo la palabra imposible a punta de centenares de sombreritos, túneles, ochos y, claro, goles, todos hechos con solo dos pies. Así, después de pasearte por varios apodos, te quedaste con el de “Milpiés”. “El Milpiés Mena” te decían tanto quienes te conocían bien como tus nuevos amigos de la tele. Es cierto: al principio te imaginábamos comprando en oro el honor de tus rivales para

así poder destrozarlos después en la cancha. Nos parecía mentira cuanto hacías. Pero te bastaron cinco partidos para que tu imagen se colgara en cada pared del barrio y diez para ver tu sonrisa esparcida en fotografías por todos los rincones. La oleada provocada por ti no se consumía, al contrario, rebotaba para regresar con más vigor. Cuando lograste todos nuestros anhelos rápidamente te convertiste en ídolo; tus piernas fueron el símbolo de una nueva y masiva religión. A ellas rogábamos por nosotros y por ti, para no verte nunca con la espalda machacada por la perversa intención de un jugador malencarado.

Algo nuevo comenzó a fluir entre nosotros. Los periodistas vinieron, Dios sabe cómo, a preguntarnos por ti, por cómo eras, por cuántas veces solías hacer maldades. Recurrimos a inventar cuando no sabíamos las respuestas, siempre fieles a tu imagen. El prado en el cual jugábamos fue bautizado con tu nombre después de haber aceptado los regalos de la gobernación: dos arcos de madera con sus redes bien blanquitas y unas graderías altas y muy firmes. Tu casa se convirtió en el sitio predilecto para los paseos del fin de semana. Las palabras de tu madre se hicieron de una sabiduría sin par; el pueblo entero las escuchaba tratando de encontrar presagios de todo tipo. Los jóvenes también cambiamos, fuimos mucho más alegres gracias a la esperanza de poder contar, algún día, con tu misma suerte.

Pero si algo nos hacía falta, ese algo se extinguió el mismo día en que lograste el título. Puedo repetir sin equivocarme todos tus gestos al dar la vuelta olímpica; aquí también la dimos y en lugar tuyo llevamos en hombros a tu madre. A partir de ese momento deseamos intensamente tu regreso. Fue allí donde se comenzó a enredar el tejido de tu destino.

Venerábamos y codiciábamos tus capacidades, tu suerte. Pero nuestra felicidad era algo egoísta, no te dejamos triunfar solo: en ti encarnábamos todos. No eras simplemente “El Milpiés Mena”, eras además el hijo, el hermano, el amigo, el pupilo. Te comenzamos a ver como si nos debieras algo, como si fueras propiedad de cada uno. En las tiendas pertenecías a los borrachos, en la cancha eras la herencia del equipo entero, en las casas eras el hijo deseado. Así, sin saber, se fue creando un plan para tu regreso. No nos culpes por desear tenerte a nuestro lado. Eras un amuleto irresistible, digno de ser colgado a la entrada de cualquier casa o de reemplazar cualquier piedra de collar. Eras un dios, pero un dios de propiedad privada.

El día trágico brotó: esperábamos ansiosos tu llegada. Queríamos verte, acercarnos a ti para tocarte y comprobar la realidad de tanta alegría. El impaciente mar de cabezas se agitaba con intensidad. Fue cuando ofreciste nuevamente tu sonrisa a nuestras vidas. Sucedió cuando bajabas del bus. Cada uno de nosotros, incluida tu familia, me consta, saltó sobre ti como una tropa de monstruos hambrientos. Todos obtuvimos alguna parte del botín, pedazo también de tu cuerpo. Por respeto a tu madre nadie peleó el corazón; en cambio por la fiebre del fútbol muchos tiraron de tus pies. Yo me conformé con el dedo que usabas para señalar al cielo cuando hacías uno de tus goles. Nuestra alegría significó también tristeza para la gran fanaticada del deporte, que no había podido estar. Fue una salvajada, ahora lo reconocemos.

Todo pasó como lo cuento. Entiendo tu rencor al despertarte dentro de esta tumba vacía de tu cuerpo, pero comprende también a la gente sobre la cual te dispersaste: solo si hacías parte de ella tus éxitos se llenaban de sentido. De no haberme quedado con tu dedo, la tristeza de ese día me hubiera llevado a acompañarte. Si aún nos odias,

déjame terminar con una feliz noticia: en conmemoración tuya ese día fue inmediatamente declarado fiesta nacional.

Tu amigo Bernardo (“El Caimán”)¹

Odio de moluscos

Caracol. Si doblo la lengua hacia atrás puedo sentirlo en la boca, luchando por entrar a mi garganta. Pero si aguanto poco tiempo la impresión no es porque me asquee imaginar mi baba convertida en su viscosidad. Dejo de jugar porque no logro olvidar que, muy nuevecito en la vida, le di un martillazo a uno que se deslizaba sobre una roca; siento como si la lengua misma se apachurrara para recordar mi culpa. En el centro de mi arrepentimiento está sembrado el desespero del animal y el color ocre de su sorprendida piel: caracol feo con un hueco en su casa. Por eso pensar en un caracol no es pensar en cualquiera; todo el espacio lo gana aquel que se retorció como si tuviera el sol pegado a la espalda, el sol que entraba por ese agujero en el que apenas cabía el ancho de mi larga culpa. De esta manera mi infancia me dijo fue un placer, hasta nunca; mi vida jamás volvió a hacer chispas de niñez, había descubierto el sentimiento oscuro que me hacía igual a todos los del pueblo. Descascarando al caracolito, así entró el no-amor a mi cuerpo. Y las veces que traté de volver atrás, de abandonar este camino retorcido que se impone con el nombre de obligación, siempre estuvieron los demás para impedirlo: que en el pueblo nadie había dicho No, ni lo haría, que tenía que aceptarlo. Así abracé al fuego y me hundí en la vieja historia, la del caracolear: arrancar las casas y llevárselas hacia otro lado para impedir que Ellos nos descubrieran o encontrarlos antes de que Ellos trastearan su pueblo, las dos caras del mismo caracoleo. Si Ellos nos buscaban, entonces nosotros escondidos; si nosotros los buscábamos, entonces Ellos al escondite. Cuando los encontrábamos los disminuíamos con la felicidad de la metralla, que les tatateábamos desde todos lados. Dejábamos pocos con vida, la mayoría quedaba calzando las chanclas de la no carne, del solo hueso, riendo con los labios secos de la muerte. A veces eran los Ellos los que nos encontraban para contarnos la misma historia: a que te cojo... Nosotros a que no.

¹ Esta carta se encontró nadando entre el viento cálido de un cementerio. Por mucho tiempo se buscó la cripta correspondiente para volverla a pegar, pero no se encontró. Si alguien conoce al destinatario sírvase contarle el contenido. Quizás la carta fue arrancada de su dueño antes de que la hubiera terminado de leer.

Nunca se nos había ocurrido acabarlos a todos, era una especie de regla que buscaba alargar el juego (tal vez deba decir el fuego). Siempre quedaban algunos, de lado y lado. Yo creía que era de puros cristianos hasta que me explicaron en palabras de verdad: es tonto matar a alguien si no hay quien lo sienta y lo llore sobre la barriguita de su tumba. Uno no se venga con los muertos, la ira pasa por ellos solo para reventar en la cara de los que le sobreviven. Esa era ley de respetar. Pero a Martín se le ocurrió lo distinto, pienso que de cansado, no era el más viejo, pero sí el más viajado.

Que había que acabarlos a todos de una vez para no trastear más la res, así nos lo dijo. Todos votamos al sí, Martín siempre nos convencía y a mí me atraía la forma en que sonaba lo de vez y res. Entonces fue el buscarlos, trabajo duro. Era la costumbre escoger dos y yo fui el uno, Ramiro el otro. Como Ellos detestaban el calor fuimos a lo seguro: al páramo. Era encontrarlos, volver corriendo para avisar y revolver armados y en montón de miedo; había que aguantarse las ganas de joder unos cuantos de a solo. Los malditos habían acabado de restarnos hacía poco y a Martín le habían enterrado todos sus afectos, igual su mujer que su hermano. Eso también hizo que nos decidiéramos por el cero: ninguno de Ellos podría librarse del baile que hacen las moscas sobre los ojos, así pensábamos. A Ramiro y a mí la suerte pareció consentirnos: al poco tiempo de llegar a un páramo los encontramos en el fondo de un despeñadero, más bien un agujero. Era fácil acabarlos, mandarles grandes rocas que, rodando, sonaran aplástate-aplástate-aplástate..., pero como la orden era ley, volvimos por los nuestros. Bueno, volví yo porque Ramiro se quedó vigilando cualquier movimiento. Pero algo hicimos mal, en algo las cuentas se equivocaron. Me atraparon casi al llegar. No estoy seguro, pero creo que Ramiro no aguantó la tentación de darle fin a la historia por su propia cuenta y que lo vieron cargándose alguno. En todo caso, los dados fueron para Ellos.

Cuando me devolvían, ya preso, nos cogió la noche en la punta del despeñadero. Entonces me amarraron y me dejaron así no más, al frío y a la oscuridad hasta que el sol dispusiera. Para cuando el sol iba a decir sus primeras palabras y la niebla aflojaba, ya sentía las garras del frío en donde duele lo helado. Me sentía como una costilla del hielo. Ellos, en cambio, tan seguros de que ninguno de los míos vendría, de a cobija y fogatita al lado. Pero yo a la misericordia nunca: aguanté tiritando con el poco calor que da el

orgullo. Llegarían, los nuestros llegarían, me decía para consolarme; nos rescatarían, más a mí que al marica del Ramiro. Hubiera sido lindo escapar al amanecer para organizar la cosa y encajarles luego de a balita a todos; entonces sí, la res no tendría que moverse más. Pero no: ¡al caracoleo! Por culpa del Ramiro que en cualquier lado estaría mejor que mi persona, sino muerto, sin frío en los huesos, a lo menos. Cuando por fin un frailejón hizo sombra, esos puercos se levantaron de a poquitos. Mi cuerpo era piedra.

Me desataron y que p'arriba güevón. Conocía a quien me lo dijo, le había apuntado en uno de los asaltos, pero la bala me había salido chistosa. Parecía como si lo supiera. Qué tieso estaba, si me doblaban me partía y hasta mejor era. Pero les dio miedo que me les fuera así y me acercaron al calor perezoso de los tizones. Y yo, como si fuera una bendición, así de cerquita del carbón. Todavía esperaba que vinieran a rescatarnos antes de que la muelona se nos metiera en las ropas.

Entonces me amarraron por la cintura y me empujaron hacia el despeñadero. Qué güevón ¿le da miedo?

En el borde, si hubiera tenido ojos para eso, me habría emocionado. En el allá-abajo un mar de frailejones lo inundaba todo, las toldas que hacían de casa parecían cayos incapaces de sobrevivir al gran océano de lo verde moco. No había un solo árbol y todo el lugar estaba cercado por escarpados desfiladeros. Cráter, hasta sí. Tuve miedo por primera vez y no de Ellos, de algo que me rascaba con la punta misma de los frailejones, pequeñito, amenazador: la soledad. Y el miedo que tuve ya no me lo quitó nada. Más bien fue creciendo: miedo de bajar, miedo de ese pueblo, miedo del destino y también miedo de algo más, adornado por la indiferencia del páramo. Entre ese miedo sin fin, grande y abierto, estaba la certeza de que la muelona ya no nos depreciaría. Entonces oí al Ramiro con una furia nueva. Quise soplarle en los ojos palabras de limón, para hacerle saber de todos los dolores que era capaz. Con esa sensación me hicieron bajar. Mientras Ellos descendían por el buen camino de segurito a mí me aventaban por los aires, amarrado por la cintura. Traté de aguantar, pero el estómago se me acomplejó, a Ellos les divertía colorearme con el amarillo del mareo. Me bajaron así toda la caída, me esperaban unos y me soltaban otros, suelte que pare, suelte que pare, y todo el tiempo el vacío en muecas y el dolor en la cintura. Grité de pena, de rabia y miedo. Los odié,

pero como era lo común, pan de cada día que ya ni sabe, y no podía odiarlos más, todo mi odio fue para Ramiro. Con lentitud el allá abajo se convirtió en el aquí. Me partí un brazo; pobre brazo mío que al frío siguió el porrazo. Cuando llegué, solo vi a Ramiro, muy hijo del demonio, atado a un palo. Me amarraron a su lado. Si antes amistad iba y venía, ahora le arrojaba mi ira para recibir una falsa inocencia, como si nada. Pero para mí la culpa tenía su nombre.

Al palo, y de espalda, ni un sí ni un no, solo el silencio nos unió. Y en su callar yo leía todo, las grandes letras de su fracaso, el punto final de su entrega. No le boté una acusación, me dediqué a pensar en el humear de nuestras vidas, en lo que había hecho y en lo que quedaba debiendo. Ellos al principio se contentaron con vernos cabizbajear. Después se acercaron más y nos mojaron en saliva. Al final se arrimaron uno a uno para gritar nombres antes de descargarnos un algo que dolía. Las mujeres eran las salvajes, descreían de su fuerza y no medían el golpe, capaz de arrancar cabezas. Traté de mirarlos de frente para intimidarlos, al que se me lanzaba lo recibía con ojos de diablo. Pero solo logré animarlos. El tiempo del puño no paró, antes vino el desmayo. Cuando volví mi cuerpo era globo, aire de sangre por dentro. Los ojos se me habían achinado y el mundo me entraba en líneas. La venganza apenas se quitaba el abrigo. El miedo del frailejón le hizo campo al temor que me provocaron sus caras, desencajadas, la nariz hinchada y donde labios, únicamente dientes. Y Ramiro empujaba todo. Yo deseaba el ataque de los nosotros, mi revancha; entonces sería la bestia más brava. En esas llegó nuevamente el frío y las ganas de morirme, y, por primera vez, el final de la esperanza. Lloré algo de mi rabia con lágrimas que abrían surcos. Golpeé mi cabeza contra el palo, pero solo hallé la sangre, no el crac en el hueso, en la casa del caracol. Fue entonces cuando el sueño me abrió sus piernas o, en todo caso, el alucinar.

Amañaneciendo el sol me acuchilló en los párpados con una luz mentirosa. El sol engaña en el páramo. Incliné mi cabeza para evitarlo y me encontré con mi nuevo olor: estaba empapado en un sudor temeroso. Los Ellos estaban bien concentrados en nosotros, contentos de vernos tan no humanos. El tiempo andaba a pasitos cortos, esforzándose por estirar nuestro suplicio. Algo sonaba entre el venir de las horas, quebrando los segunditos con sus inmundos pies. El morir estaba decidido, se entendía. Me animé a hablar,

la boca para el que la utiliza. Apenas hice una palabra una piedra cruzó el aire y dibujó en mi cabeza un torbellino de colores que se deshizo en un punto oscuro.

El sol seguía con un calorcito pica-pica que no alcanzaba para desterrar al frío. Bajo nosotros las sombras se le escondían al mediodía. Descubrí que ya no estaba atado, que estaba en otro sitio, puro vértigo. Ramiro y yo estábamos solos en la mitad del desfiladero, en una saliente sobre metros de caída. Apenas cabíamos. No había camino hacia ningún lado. En el abajo estaban los Ellos en afán de fiesta. Bailaban con los tobillos completamente hundidos en sus gritos. Era muy fácil entenderlo: éramos sus ofrendas, de allí no nos sacarían. Ai-ai-ai, solo eso hacían. Teníamos razón en quererlos matar, eran gente extraña. Me volví hacia la cima, los que nos habían bajado con cuerdas, también: ai-ai-ai. Me arrimé hacia la pared y dejé todo el borde para Ramiro. La muelona se demoraría, pero ya vendría. De hambre o de desespero, así nos cortearía.

Aiaiai. Aiaiaiai. Aiaiai...Gritos de cuervo que desesperaban.

Aia. Aia. Aiaiai. A...

Entonces no pude más. Tendrían el sacrificio que querían. Verían al que cae abrir sus brazos como ave sin fortuna. Y el agitar sin necesidad. Todo lo que anhelaban se los iba a ofrecer sin más. Ojalá hiciera tanto ruido al caer que apagara sus gritos para siempre. Era... fue el ya no más, lo hice. Cayó. Lo caí. Ramiro cayó metros y metros. Y cuando lo hacía pude sentir que se me humedecía la garganta, que se disminuía el fuego. Así salió ese odio de mi cuerpo, así fue como la idea de vivir entre los Ellos no me espantó. El odio ya fue distinto, creció para el otro lado apuntando a Martín.

Bogotá, 1996